

1º La parte del joven. — El hombre puede y debe mantenerse casto. Para lograrlo, ha de someterse a ciertas condiciones, y no es la menor de ellas revisar su concepto de la mujer. ¡Para cuántos la mujer es ante todo una «despertadora de deseos», en la que no se ve otra cosa que el instrumento para satisfacer las propias pasiones desordenadas! Por eso es esencial que su concepto de la mujer lleve al hombre:

- *A ver en ella, no un ser que codiciar, sino un ser que respetar; a amarla por su belleza, sí, pero mucho más por su bondad, por el impulso hacia el bien que ella lleva dentro, por esa fineza interior que aportará al hombre el complemento de alma que él necesita.*
- *A considerarla como su compañera ante Dios, la que le ayudará a ir hacia El, pidiéndole a cambio su propio apoyo.*
- *A considerarla también como la madre de sus hijos, la que será en el hogar fuente de vida y corazón de la alegría.*

En el mismo sentido, el joven debe hacerse a la idea de que sus bruscos arrebatos, fruto de la pasión, pueden llevarlo a herir de modo irremediable la delicadeza de su novia. Sentirse deseada más que amada no puede sino engendrar en ella una inquietud desgraciadamente justificada.

2º La parte de la joven. — Debe ella armarse de *gran firmeza*. No hay camino más seguro para engendrar el respeto del hombre que el autorrespeto que muestra la mujer en semejante ocasión. Sólo al precio de esta amable firmeza la mujer se engrandecerá en el corazón de su novio.

Debe también *comprender a su novio*, entender que la propia constitución fisiológica del hombre puede despertar en él a ciertas horas un deseo carnal de gran violencia, y saber disimular la firmeza de su negativa con una delicadeza que su novio le agradecerá infinitamente.

Finalmente, ha de saber desplegar una *gran prudencia*. Por la coquetería a que la inclina espontáneamente su feminidad, puede cultivar inconscientemente un deseo de agrandar y seducir que su novio puede sentir como una incitación provocadora. Esta misma prudencia ha de manifestarla en su modo de vestir, y en su manera de expresar su ternura y su cariño.

3º La norma: un esfuerzo conjunto. — Unos novios deben comprender que les resulta imposible resolver ese problema si no se aplican a ello conjuntamente. Por eso, no han de temer hablar juntos sobre este particular a fin de analizar la situación concreta y elaborar *entre los dos* la estrategia que reclama la prudencia.

No existe sobre este punto un código fijo que responda a todas las situaciones. En caso de duda, téngase como un deber el consultar humilde y simplemente a un confesor, cuidando de exponerle los antecedentes verdaderos de la situación, para poder discutir con él las actitudes generales que deben adoptarse.

Por un noviazgo cristiano Vuestro cuerpo y vuestro amor

El amor, como recordábamos en la anterior Hojita de Fe, requiere la unidad. En su condición humana, hallará su expresión lo mismo al nivel de las almas que de los cuerpos. La forma última de esta inclinación natural será la unión sexual tal como la exige el matrimonio. Sin embargo, esa atracción se elaborará gradualmente a lo largo del noviazgo, y creará con frecuencia situaciones sumamente delicadas. Por eso es indispensable abordar con entera claridad la cuestión de la pureza del noviazgo.

1º El sentido de la sexualidad.

Aunque el pecado original dejó terriblemente desordenada la sexualidad en el hombre, no hay que perder de vista *el origen divino* de esta fuerza tan impetuosa, que se ordena a la transmisión de la vida que el mismo Dios ha depositado en el hombre. Por este motivo, no hay que considerarla como mala en sí misma, o como si fuera pecado, o como si todo lo sexual alejara de Dios. Sería esto una perniciosa aberración, que desorientaría las conciencias y destruiría el equilibrio interior de quienes la sienten y sufren.

Según la célebre definición de San Juan, «*Dios es amor*» (I Jn. 4 8). Ahora bien, el hombre ha sido creado «*varón y hembra*» (Gen. 1 27) en cuanto imagen de Dios, por lo que también está marcado en su propio ser por el amor y para el amor. De este modo, esta dualidad de los sexos, en el género humano, se sitúa en una perspectiva de amor. De donde se deduce que, así como es indispensable reconocer el *origen divino* de la sexualidad, es igualmente esencial reconocer *su finalidad*, en cuanto que no tiene sentido más que *practicada* en el amor y *orientada hacia la fecundidad*.

2º Dificultades que conlleva la tendencia sexual.

La primera dificultad que suele hallarse para canalizar debidamente la tendencia sexual es *la sonoridad intensa que la misma tiene en la época de la juventud*, cuando el cuerpo se halla en plena salud y el «*misterio sexual*» se presenta como atractivo precisamente por lo que hay en él de desconocido. Por eso, es en el período de las relaciones cuando presenta dificultades especialmente agudas.

*En este terreno, la dificultad del control no debe desconcertar a nadie. Por eso hay que evitar las actitudes de **pánico**, ya que nadie se libra de esta herida en el estado de debilidad en que el hombre se halla respecto de su equilibrio fundamental; y también las actitudes de **presunción**, que llevarían a uno a creerse un gigante en un terreno en el que en realidad es un enano, y a aventurarse más allá de la propia capacidad de resistencia.*

La segunda dificultad es **el ambiente de nuestro tiempo**, en el que, a las propias incitaciones que surgen violentamente desde el fondo de nuestro ser, se le añaden las ruidosas propagandas de un mundo corrompido en que se idolatra el sexo, forjando la ilusión de un paraíso de la carne, y haciendo creer que el único camino de la felicidad es satisfacer esa sed que tortura a todo hombre, entregándose a los caprichos de una sexualidad desordenada.

Los novios que quieran consolidar su amor deben, pues, defenderlo contra esas impulsiones venidas de fuera, uniéndose en una lucha enérgica, y a veces feroz, contra las incitaciones del mundo en el que tienen que vivir.

Para ello deben guardarse de examinar tan sólo el aspecto negativo de esa lucha, diciéndose: «¿Qué es lo que podemos permitirnos sin pecar?». Intentar vivir así su vida moral, bailando sobre la cuerda floja del pecado, equivale a un veredicto de suicidio espiritual. Hay que dar la vuelta a la pregunta y formularla bajo su ángulo positivo: «¿Cómo, con nuestra sencillez, reserva, delicadeza y respeto mutuo, podemos ayudarnos recíprocamente a preservar nuestro amor de toda decadencia, en este período de nuestro noviazgo?». Tienen que formularse esta pregunta a la luz del análisis en el que la naturaleza del verdadero amor aparezca marcada con el sello característico del sacrificio. Sólo así evitarán servirse el uno del otro como de un instrumento de placer para apaciguar periódicamente una sexualidad enferma.

3º Necesidad y papel de la pureza en el amor.

En este sentido, el mismo amor exige la intervención de la pureza en el noviazgo, a modo de un sano equilibrio entre fuerzas muy violentas. A este título la impone el mismo Dios, no para condenar el mundo de los afectos sensibles o establecerla como enemiga del amor y de la ternura, sino para canalizar el delicadísimo dinamismo de la sexualidad con arreglo a su naturaleza profunda, y permitirle su mayor perfección. Exigir a los novios que se impongan esta dura disciplina es obligarles a respetar su cuerpo, al que restituyen su equilibrio; es invitarles a no dejarse llevar por esos tentáculos monstruosos que son los deseos desordenados de una naturaleza trastornada. Quien a ello se niega no sólo ofende a Dios, sino que desprecia el amor, y lo transforma en un comercio abyecto.

Todo, en el hombre, debe atenerse a las pautas de la razón. También lo sexual. La sexualidad no es en el hombre una fuerza ciega que surge en todos los sentidos, sino que está orientada en un sentido bien definido, y requiere dominar la violencia que tiene en la actual condición caída, bajo pena de destruir al mismo hombre que la siente y que la sufre. En el dominio de la sexualidad, más que en ningún otro, virtud y naturaleza se integran por completo.

1º La pureza como fundamento de la confianza mutua. — La felicidad conyugal sólo es posible en un clima de confianza absoluta entre ambos esposos. La joven esposa ha de poder descansar en la certeza moral de que su marido está lo bastante liberado de las esclavitudes sexuales como para conservar el amor que por ella siente, aun cuando, en caso de fuerza mayor, la pareja deba imponerse ciertas restricciones. Lo mismo le acontece al joven esposo, cuando sabe que puede confiar en su esposa en la hipótesis de que una ausencia prolongada le imponga el deber de dejar a su mujer a sí misma. Si uno y otro pueden entonces recordar con alegría sus esfuerzos comunes, realizados durante los meses en que lograron domar en sí mismos el deseo sexual con la fuerza de su amor, tendrán la inapreciable certeza de que el cónyuge merece una confianza total, ante la prueba que él mismo ha dado en esa ocasión de su equilibrio y de su autodomínio.

2º La pureza como fuente del dominio de sí mismo. — La pureza es, sin discusión, una escuela de autodomínio para los novios. El hombre debe aprender su oficio de marido en su época de novio; mas no aprenderá ese oficio de hombre a través de una anticipación desdichada, sino adquiriendo un completo *dominio de sí mismo*. Sin éste, sus reacciones, originadas por una sexualidad infantil y eruptiva, le conducirán a hacer de la unión carnal un embrollo irreparable. Ahora bien, ¿cómo llegar a este tan preciado dominio de sí sino por la pureza? La pureza se convierte así en una condición previa al matrimonio, cuyo éxito prepara, asegurando el control de un instinto sexual que ella refrena sometándolo a la razón.

No se doma un potro salvaje dejándolo correr por las praderas. Hay que embridarlo, mantener bien sujetas las riendas, y enseñarle a obedecer la voluntad de su dueño. De modo semejante hay que refrenar también el instinto sexual. El joven debe aprender a conservar el dominio de sí mismo a fin de hacerse apto, llegado el día, para entregarse a su esposa con la reserva que reclama la delicadeza de la naturaleza femenina.

3º La pureza como prueba del amor. — Es fácil confundir el verdadero amor con sus muchas posibles falsificaciones. Ahora bien, lo peculiar de la virtud de pureza es efectuar un discernimiento entre lo que proviene propiamente del amor y lo que proviene más bien de la pasión carnal.

Si se trata de la trivial aventura de dos cuerpos que se buscan, se cederá a los impulsos del instinto sin tomarse el trabajo de luchar para elevarse más allá de un falso amor, que es tan sólo una promiscuidad sexual velada. Si, por el contrario, se trata de un verdadero amor, se intentará dominar los movimientos del apetito sexual y subyugarlos en nombre de un bien superior.

4º Posibilidad y condiciones de la pureza.

Cada pareja de novios ha de mantener firme la convicción de que, con la gracia de Dios y la fuerza de su amor, pueden triunfar donde tantos otros novios han triunfado, manteniéndose puros contra viento y marea, pese a todas las circunstancias adversas.